

acólitos, y como las huellas se marcaban claramente sobre la húmeda arena, pronto encontré la fugitiva banda. Hago fuego á derecha é izquierda, sin detenerme ni un instante, siempre que al través de los sotos veía alguna grupa rojiza. Muchas de mis balas les alcanzan; pero estas heridas en los cuartos traseros no tienen nada de mortales. La espesura de las malezas me impide, que dando una vuelta, ataque de frente al enemigo. Un búfalo, sin embargo, al cual he roto una pierna de atrás, se levanta trabajosamente sobre uno de esos montecillos artificiales que forman las hormigas blancas, y en cuanto aparece á su vista, se lanza sobre mí con la cabeza baja. Un primer tiro lo derriba en tierra, otro despues lo acabó perfectamente; despues hallo la sangrienta pista de otro herido casi tan cojo como el primero. Alcanzado en el costado por la segunda vez, éste titubea y se oculta á nuestra vista perdiéndose en la maleza, de donde se lanza sobre nosotros cuando cree que hemos caído en su emboscada. Apenas tengo tiempo de apuntarle con mi pequeño *Lancaster*. Nuestro desorden es muy cómico. Suliman, fiel á sus instintos de mono, salta á una rama baja y queda ahorquillado justamente encima del furioso animal. Faraj se apresura á huir no dejándome sino un fusil para defenderme. La fortuna quiso que el tiro, precipitadamente soltado, atinase á la bestia en el nacimiento de la espina dorsal. Cayó muerta á mis pies. Le abrimos el cuello segun el uso musulman y creyendo tener bastante con hallar el primer herido para concluirle, nos volvimos hácia atrás. Guiados por las sangrientas señales, vimos muy pronto á nuestra víctima aun en pie, pero sujeta por las malezas y no pudiendo mas, así parecia, sino que la librasen de sufrir. Por pura compasion, la apunté, pero una rama hace no sé cómo desviar la bala y mientras que atraviesa el aire silbando, el búfalo parte al galope. Le seguimos sin dificultad, atendida la escelencia del *spoor*—esta es la voz que emplean los cazadores africanos para designar el rastro de la caza,—y diez minutos despues, al desembocar con el arma en la mano en un pequeño claro, el enorme animal, saliendo de un bosque derecho á mí, me carga con un furor ciego, sin ofrecer á mis golpes otra cosa que su cabeza revestida de un grueso cuerno. Una colina poco elevada se hallaba por fortuna entre nosotros y mientras que él daba la vuelta, echándome un poco á un lado, le di un tiro en el costado. Pero esto no bastó para acobardarle, y mas pronto que el pensamiento, le ví ante mí. Olfateando, por decirlo así, mis pies, dió una cornada contra la nube de humo que, tocando aun el suelo y por consiguiente al nivel de la cabeza, le cegaba y sofocaba. Estábamos tan cerca uno de otro, que con mi hacha no me hubiera sido difícil decapitarlo. Mi situacion era crítica, los negritos se habian

apresurado á desaparecer con mis fusiles de repuesto; pero de repente el animal, al cual el humo de la pólvora producía sin duda el efecto de un fantasma impalpable é inatacable, dió media vuelta con fuerza y como herido por una aparicion terrible, escapó á toda carrera, lo cual confieso que me libró de un gran temor.

¡Qué no habria dado en este momento por tener un fusil en la mano! ¡Era tan hermosa la ocasion! Sin embargo, y á pesar de mi cólera, no pude menos de soltar la carcajada al ver las muecas de mis cobardes compañeritos, y sus espresivas pantomimas, mientras representaban la escena en que su cobardía habia podido costarme la vida. Las desgracias de este día no habian tocado á su término. A pesar de que diluviaba, me parecia impropio de mí abandonar la partida al animal herido. Seguí sus huellas por medio de las malezas, pero sus heridas cesaron de soltar sangre, y entre numerosas huellas que se cruzaban de todas partes en el bosque, perdimos pronto la suya. No habia sol que pudiera guiarnos; los dos niños tenían pareceres diametralmente opuestos acerca de la direccion que debíamos tomar, y mojado hasta los huesos, atormentado por un hambre de cazador, teniendo casi agotadas nuestras municiones, ya por hacer aquí y allí señales de angustia, ya por ensayar en vano encender una hoguera con ramas, resolvimos por fin aguardar la noche con la esperanza de que las estrellas nos enseñarian el camino. Desgraciadamente, cuando llegó la noche, la tempestad continuó. En medio de los relámpagos y el ruido de los truenos, algunas veces nos figurábamos oír el ruido de las descargas que Grant hacia tirar muy acertadamente para que volviésemos al campo; pero á pesar de estos indicios equívocos y no obstante los murmullos de mis dos negritos, decidí que no nos moviésemos por miedo de que no nos perdiésemos aun mas. Fue necesario resignarse á dormir sobre la tierra húmeda y fria; salvo algunos animales que vinieron de vez en cuando refunfuñando á nuestros pies, nada turbó nuestro sueño. A la mañana, cuando se disiparon las nubes, volvimos á hallar por una especie de milagro, el camino perdido la víspera y fuimos derechos al campo, donde recibí las calurosas felicitaciones del jequecito, que me citó, y á cientos, ejemplos de viajeros perdidos en estas soledades.

Entre tanto nada se habia hecho para apresurar el momento de la partida. Unas veces con un pretexto, otras con otro, el jefe aplazaba para tiempos mejores el arreglo del hongo. Este día por ejemplo, no podia pensarse en tal cosa, porque habia llegado un destacamento de fugitivos vuan yamuezi que habian alarmado todo el pais. Eran, decian, soldados de Manua Séra (el Borracho), jefe indígena que hacia á la sazón la guerra á los traficantes árabes. Habia sido derrotado por estos,

y por via de represalia acababa de espedir este destacamento para cerrar el camino á las caravanas.

A fuerza de insistencia concluí por hacer aceptar al jefe un derecho de pasaje casi razonable; pero en el momento de partir, ví que diez de mis portadores faltaban á la lista, y como no me era dado sacrificar á la ligera la carga de diez hombres, me fue necesario aun hacer alto, bien á pesar mio, durante los días 10, 11 y 12 de diciembre. El sultan y su visir emplearon todo este tiempo en ponerme nuevas dificultades para sacarme mas presentes. Lo consiguieron prometiéndome algunos asnos que hiciesen las veces de los portadores que desertaban uno despues de otro, bien que yo habia doblado su racion de tela. Habia perdido mas de la mitad cuando me decidí á ponerme en camino, el 13 por la mañana, á pesar de la lluvia que caía á torrentes y hacia muy trabajosa la travesía de los *mullahs*. El 15 fue necesario detenerse ante los progresos de la inundacion, y esta estacion forzosa duró cinco días. Para sacar el mejor partido posible de ella, despaché hácia Kaseh dos hombres con cartas para Musa y el jeque Snay (dos amigos que hicimos durante la primera espedicion). Les pedia me mandasen sesenta hombres, cada uno con treinta raciones de granos y algunas cargas de tabaco indígena. Mis gentes en efecto, en medio de sus tribulaciones de todas clases, no echaban de menos sino el no poder fumar. Otros mensajeros enviados á Khoko, á nuestra espalda, para cambiar telas por granos, volvieron con las manos casi vacías, lo mismo de granos que de telas. Por fortuna, aunque la caza estaba escasa, Grant consiguió matar una zebra y un antilope.

Al sexto día, no habiendo podido conseguir echar un árbol al través de la corriente que nos detenía, la vadeamos con agua hasta la cintura. Las ocho marchas siguientes, de 4 á 5 millas cada una, verificadas trabajosamente y sin orden por un pais enteramente desierto, no merecen que hagamos mencion de ellas. Introdujeron el desaliento en nuestras filas. Los vuan yamuezi á escepcion de tres desertaron todos, de acuerdo con las gentes de la costa y con la condicion de dividir con ellos, durante la travesía del Unyamuezi, el producto de las cargas que nos habian robado. El 28, no estábamos mas que á una marcha de Jiwa-la-Mkoa, donde nuestros hombres esperaban rehacerse de la dieta á que habian estado sometidos desde hacia muchos días. Su paciencia se habia agotado, y la mayor parte desertaron para llegar mas pronto al paraíso ó donde yo les habia de conducir al día siguiente. Aquí muchos de los que se nos habian escapado se unieron otra vez á la columna. Habian sabido por algunos viajeros que nuestros amigos de Kaseh nos enviaban un fuerte destacamento de esclavos. Entre estos fugitivos que nos devolvía el primer síntoma de buena suerte, hallé dos, Johur y Mut-

wana, á quienes pude convencer de robo y á quienes eché ignominiosamente despues de haberlos hecho azotar. Baraka en estas circunstancias, desplegó todas las cualidades de un verdadero prefecto de policía.

En Jiwa-la-Mkoa (la Roca-Redonda), fue donde pasamos el día 1.º de enero de 1861. Al día siguiente recibimos noticias que nos hicieron detener siete días. Los esclavos que Musa nos habia mandado, detenidos en el camino por la dificultad de procurarse alimentos, se habian vuelto atrás. Las cercanías de Kaseh, asoladas por el hambre, no podian procurarme el grano con que contaba. En tales circunstancias, imposibilitado de marchar adelante, todo lo que pude hacer despues de haber mandado á Musa otra embajada, fue dispersar mi gente por las aldeas vecinas para reclutar mozos de carga vvakimbus. Entre tanto, y el 7 de enero, nuestro campamento se puso alerta con la noticia de que el jefe fugitivo Manua Séra se dirigía hácia el lado donde estábamos á la cabeza de treinta hombres armados de fusiles. Apareció en efecto casi en seguida; pero á la vista de mi gente formada ante mi tienda con el sable-bayoneta puesto en el fusil, el «Borracho» juzgó prudente alejarse un poco y enviarme una diputacion para anunciarme su visita. Vino efectivamente con una escolta despues que le hube manifestado la intencion de recibirle bien. «Sabido, dijo, que me faltaban portadores, tendria una satisfaccion en proporcionármelos, si llevándole á Kaseh queria constituirme en árbitro mediador para arreglar sus diferencias con los árabes.» Este jóven, de una belleza notable, empezó á interesarme. Quise saber por él mismo los detalles de sus aventuras, los cuales voy á reasumir aquí en pocas palabras.

A la muerte de Fundi Kira, su padre, y conforme á las intenciones del anciano jefe, Manua Séra, á pesar de que habia nacido de una esclava, fue reconocido heredero del principado. Pero algun tiempo despues, habiendo querido establecer un impuesto regular anual sobre las mercancías que entraban en sus dominios, se malquistó con los traficantes árabes, hasta entonces exentos de toda carga; éstos le habian amenazado, si persistia en impedirles su comercio, con destronarle en provecho de Mkisiwa, otro hijo ilegítimo del antiguo jefe:—«Yo no podia, continuó Manua Séra, tolerar semejante lenguaje; los traficantes no residen en mi territorio; sino en virtud de mi autorizacion. Les declaré, desafiándoles á que me obedecieran, que no era una mujer á quien se puede tratar con tanto desprecio. Así estalló la contienda; Mkisiwa, aprovechando la ocasion que se le habia ofrecido, empleó la corrupcion para hacerse partidarios. De las palabras vinimos á los golpes, y se dió un combate en que yo les maté y ellos me mataron mu-

cha gente. Por último me echaron de mi palacio, donde Mkisiwa se ha instalado para gobernar en mi lugar. Yo tenia sin embargo partidarios fieles, con los cuales me dirigí á Rubuga, donde el viejo Maula, jefe de este pais, quiso recibirme amistosamente. Los árabes me persiguieron hasta allí, me siguieron hasta Nguru y quisieron matar á Maula por haberme ayudado. Se escapó sin embargo; pero le devastaron sus dominios y marcharon en seguida contra mí al Nguru. Durante muchos meses combatimos, y cuando se agotaron todas mis provisiones, desafiando al enemigo que me creía cercado me abrí paso al través de

sus filas. Llevo desde entonces una vida errante, solicitando una paz que se me niega obstinadamente. porque los árabes han jurado perseguirme hasta la muerte. Ahora vos, que habeis sido amigo de mi padre, debeis tomaros interés en poner término á esta guerra injusta.» Manifesté mis simpatías á Manua Séra, prometiéndole intervenir lo mejor que pudiera, si queria acompañarme á Kaseh. «Tengo por otra parte certeza, añadí, de que no obtendré nada si no volveis á las tradiciones paternas, respecto al libre cambio.» Pareció muy dispuesto á tomar este consejo, sintiendo la precipitación con que las cosas se habían



Antílopes de Ugogo.

enmarañado, y le agradaron las perspectivas de pacificación que le presentaba mi alianza desinteresada. Así es que casi inmediatamente me devolvió un mozo de carga á quien había preso en los bosques, en el momento en que huía con una carga de abalorios. Nos separamos despues, y Baraka recibió orden de administrar cincuenta latigazos al ladrón, por su deserción complicada con circunstancias agravantes.

9 y 10 de enero. *Garatswi*.—11, 12 y 13 de enero. *Zimbo*.—En Zimbo vemos llegar á Bombay acompañado de setenta esclavos y portador de cartas que me escribían Musa y Snay. Ambos me exhortaban en caso de encontrarme con el «Borracho» á saltarle la tapa de los sesos ó á llevarle prisionero para que ellos

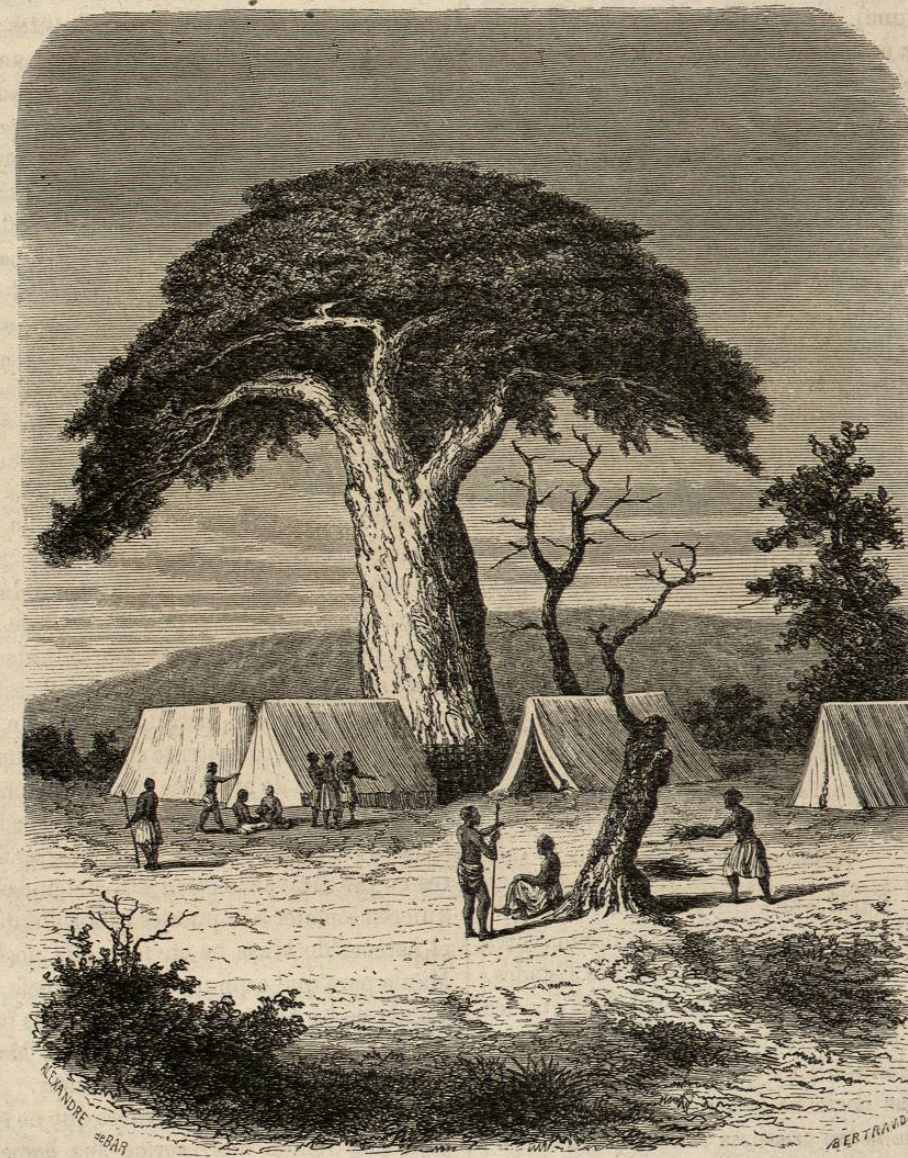
podieran ajustarle las cuentas. «Este miserable, decían, había querido establecer impuestos infringiendo los tratados hechos con su padre Fundi Kira, y despues privar á sus súbditos que les vendiesen granos; últimamente, y despues de haber empezado las hostilidades había aniquilado casi completamente su comercio oponiéndose al paso de las caravanas.»

14 de enero. *Mgongo-Thembo*.—En esta estación, cuyo nombre significa «Lomo de Elefante,» y que se llama así á causa de una eminencia granítica parecida en efecto á este animal en su forma, hallé á Maula, el aliado fugitivo de Manua Séra. Este pobre viejo, uno de los jefes mas honrados del pais, había sido nuestro huésped y amigo en mi primera expedición.

Me regaló una vaca y me prometió otras diez si podía reconciliarle con los árabes, que sin provocación de su parte le habían espulsado de sus dominios, despojado de todo lo que poseía y reemplazado en el poder por un vil esclavo. Es verdad que había recibido en sus dominios á Manua Séra, enemigo de los árabes; pero no había podido obrar de otro modo, pues el

hijo de Fundi Kira se había introducido á viva fuerza en sus tierras. Consolé como pude al desdichado anciano, y le invité á seguirme hasta Kaseh, saliendo garante de que los árabes no le harían ningún mal; pero demasiado débil para viajar, me contestó que enviaria conmigo á su hijo.

*Tura*, á donde llegamos el 16, manifestaba con sus



Campamento en el Ugogo.

ruinas las terribles devastaciones de la guerra. En efecto, los árabes y sus esclavos, una vez en campaña, no piensan mas que en saquear, y cada uno trabaja por su cuenta. El jeque Said, ya enfermo desde algunos días antes, pero cuyo estado se agravó de repente, nos obligó á disminuir la rapidez de nuestra marcha, y mientras le esperábamos á media jornada

de delantera, un robo nocturno estuvo á punto de privarnos de varios fardos de rocalla. Los ladrones, seguidos de cerca por nuestra gente, arrojaron parte de su botín para correr mejor, y en suma, no se perdió sino un fardo. A la mañana siguiente (18), convoqué á los notables de la aldea en número de cinco, y les hice responsables de la pérdida que había sufrido

do. Conviniere en reconocer la justicia de mi reclamacion, y les agregué cinco hombres de mi escolta para que formando una especie de jurado misto, tasarán la indemnizacion que me era debida. Fijóse esta en treinta cabezas de ganado, pero no exigí sino la mitad, con gran descontento de mis hotentotes, que se creían chasqueados por mi generosidad.

Tres ó cuatro marchas, la última al través de los bosques, nos condujeron por fin al vasto y fértil distrito del Unganyembé en el centro del Unyamuezi (Tierra de la Luna), y á 5 millas de Kaseh (1), donde se encuentra actualmente el gran depósito central del tráfico de negros y del comercio de marfil. Mis pérdidas en esta fecha (23 de enero), pueden resumirse de la manera siguiente: un hotentote muerto y cinco que se han vuelto atrás; un voluntario indígena enviado con los hotentotes; otro espulsado del campamento despues de un castigo ignominioso; de los treinta y seis mozos de carga del sultan Majid, veinte y cinco han desertado, y de los ciento un pagazi reclutados en Zanzibar nos han abandonado noventa y ocho; han muerto doce mulas y tres asnos; me han robado mas de la mitad de las mercancías que llevaba, y por consecuencia del hambre que asolaba toda la region por donde he pasado, los gastos de viaje han ascendido á mucho mas de lo que habia previsto.

No importa: á pesar de todos estos inconvenientes, y despues de cuatro meses de trabajos se ha llevado á cabo la primera parte de nuestra expedicion. En adelante abandonaremos los caminos en que otros han puesto el pie antes que nosotros para penetrar en paises completamente desconocidos y proceder á verdaderos descubrimientos.

## V.

## El Unyamuezi.

24 de enero. *Kaseh*.—El Un-ya-muezi, «Pais de la Luna,» debe de haber sido uno de los reinos mayores del Africa; hoy está dividido en pequeños Estados. Los instintos comerciales de los vuanyamuezi que les impulsan hacia la costa les han puesto hace mucho tiempo en relacion con los negociantes de la India, y de ahí esas viejas nociones geográficas que desde los primeros años de la era cristiana señalaban en el centro del Africa una cadena de montañas llamadas Montañas de la Luna.

Musa, el antiguo conocido del capitán Burton vino á recibirnos y nos colmó de atenciones y de promesas. Estando á punto de salir para el Karagué, aplazó su

(1) Kaseh está situado, á los 5° 0' 32" de latitud Sur y 30° 40' de longitud Este. El nombre de Kaseh propiamente hablando, es el de un manantial que ocupa el centro de la aldea de Tabora, aldea que los mercaderes Arabes han convertido en su principal depósito de esclavos y de marfil.

viaje y quiso venirse con nosotros. Segun cuenta, desde la última vez que nos vimos ha sufrido un duro cautiverio. Los otros árabes de Kaseh, celosos de la preferencia que le manifestaba Manua Séra, y acusándole de suministrar pólvora á este príncipe, le tuvieron largo tiempo cargado de cadenas. No por eso dejó de velar fielmente por las mercancías que yo le habia confiado, pero los enormes gastos de transporte han hecho ya en su valor una brecha considerable. Apenas instalado he recibido la visita del jeque Snay y de todos los colegas de los traficantes árabes reunidos en una especie de cónclave. Enumeran con complacencia cuatrocientos esclavos armados de fusiles que han puesto ya en pie de guerra para dar caza á Manua Séra, el destructor de las caravanas, y se muestran sordos á mis palabras de paz. En vano les refiero las conversaciones que he tenido con Manua Séra y con Maula, cuyo hijo, entre paréntesis, está secretamente instalado en el *tembé* de Musa. Snay no quiere oír hablar de ellos; dice que sabe mejor que nadie cómo hay que tratar á tales «salvajes,» y se manifiesta impaciente de verse con ellos cara á cara. Sus soldados se preparan á la guerra con una gran comida de carne de vaca á la cual les ha convidado segun costumbre, y se despide de mí á toda prisa en atencion á la inminencia de su partida. Para recompensarle de sus antiguos servicios le regalo uno de los relojes de oro que debo á la liberalidad de la administracion anglo-india. ¿Es verdad que él y sus colegas para mejor recibirme han retardado el momento de su entrada en campaña? Tentado estoy de creerlo como me han dicho, porque despues de haberme enviado un regalo consistente en cierto número de vacas, cabras y sacos de arroz, se ponen en camino el mismo dia de mi llegada. Cuando ha yan acabado con Manua Séra se proponen ir al Ugogo á socorrer á los traficantes cuyas caravanas están allí detenidas, porque las quieren someter á impuestos exorbitantes. Siguiendo el parecer de Musa he enviado esta noche al hijo de Maula para que explique al anciano jefe que la obstinacion de los árabes ha frustrado todas mis tentativas conciliadoras; y es lástima, porque Manua Séra es muy popular entre los vuanyamuezi.

25 y 26 de enero. Los árabes que no están en campaña han venido á ofrecerme sus homenajes, como representantes de su príncipe, es decir, del sultan de Zanzibar. Deploran como yo el ardor eiego de Snay. Un buen tratado es lo que ellos quieren, porque ya medio arruinados, el porvenir no les ofrece esperanzas. Trato de obtener de ellos algunos datos geográficos sobre la cuestion que llama mi atencion especial.

Abdulla, antiguo amigo nuestro, persiste en la relacion que me ha hecho á propósito de la navegacion de N'yanza, á lo cual Musa se apresura á añadir,

que segun los habitantes del Norte, durante las crecidas del N'yanza, la corriente es tan violenta que desarraiga las islas y se las lleva consigo.

Esta última noticia me pone en cierta confusion, porque ignoraba entonces que el lago y el Nilo (lo mismo que todas las masas de agua) llevan el nombre en general de *N'yanza*. Esta confusion verbal, es precisamente la que en mi primer viaje me impidió determinar de una manera exacta el punto en que concluye el lago y comienza el Nilo.

Los cambios acaecidos en el Unyamuezi desde que dejó este pais son maravillosos. Entre los árabes el carácter de traficantes parece haberse borrado para dar lugar al de agrónomos; se dedican á la agricultura en grande escala y tienen actualmente vastos establos cerca de sus residencias. Las aldeas indígenas, por el contrario, se encuentran en el estado mas deplorable. Para proporcionarme el grano necesario á la subsistencia de mi gente, me ha sido preciso recorrer el distrito en un radio de muchas jornadas de marcha y pagar á elevadísimo precio lo que en él se encontraba disponible. La escasez que reina por todas partes no es solamente resultado de la guerra; las lluvias de la última estacion no han sido bastante abundantes y casi en todas partes ha faltado la cosecha.

27 y 28 de enero. He distribuido á mi gente efectos que le compensan los padecimientos que ha sufrido durante la travesía del desierto; pero no sin decirles espresamente lo que pienso de sus imperdonables latrocinios. Un pequeño aumento de gratificacion que concedo á los tres *pagazi*, que por escepcion se me han conservado fieles, suscita un descontento general; y á duras penas y despues de algunas horas de fútiles argumentos, logra Baraka que mi conducta se considere, como lo que es, como la de un buen amo dispuesto á pagar á sus servidores aun cuando nada tenga que esperar de ellos.

Combino con Musa los medios de llegar al Karagué. El Unyamuezi no puede proporcionarme los hombres que necesito; pues que todos los habitantes en estado de llevar las armas han muerto en las guerras anteriores ó están ocupados en la guerra actual. Musa enviará, pues, reclutadores al pais de Rungua donde ha residido en otro tiempo y cuyo jefe llamado Kiringuana está dispuesto en su favor. Mi huésped me permite tambien alistar entre los esclavos de su establecimiento todos los que quieran seguirme; pero aunque esta combinacion le es beneficiosa, me advierte generosamente que menos dificultades me ocasionarian mozos de carga alquilados. Por lo demás, está de acuerdo conmigo cuando le digo que para pasar mas allá del Karagué será preciso no tener que depender de los auxilios que los naturales puedan darme. Calculo en ciento el número de hombres ar-

mados que deberé llevar conmigo y para llegar á este número necesito sesenta reclutas.

29 y 30 de enero. Jafu, otro comerciante árabe, antiguo asociado de Musa, ha vuelto despues de una visita de diez dias que ha girado al distrito para proporcionarse granos. Su relacion es desconsoladora: el hambre por todas partes diezma las poblaciones; no cree que podamos atravesar el Usui, cuyo jefe Suwarora, famoso por sus estorsiones va, segun él, á *desollarnos vivos*. Mas valdria esperar á que acabase la guerra; los árabes entonces con gran satisfaccion combinarían con nosotros una expedicion y nos acompañarian. El mismo Musa manifiesta algunos temores, pero obtengo de él que envíe un mensaje á Rumanika para anunciarle nuestra visita y suplicarle al mismo tiempo que emplee su influencia para proporcionarnos libre paso al Usui.

Convendrá tal vez explicar aquí que el Usui depende del Karagué, al cual está unido por una especie de vínculo feudal y que una parte del botin cogido por las exacciones del terrible Suwarora pasa á manos del rey del Karagué, el cual no por eso deja de gozar de la estimacion general y de vivir en paz con los extranjeros atraídos por su buena reputacion. Musa no habla nunca de Rumanika sin hacer el mayor elogio de este príncipe, á quien hace tiempo salvó de una insurreccion fomentada por su hermano menor Rogero. Así es que Rumanika no ha cesado desde entonces de manifestarle el mas vivo reconocimiento.

31 de enero. Jafu ha marchado hoy á la cabeza de cien esclavos para unirse á Snay y de acuerdo con él atacar al jefe del Khoko. Su objeto es no solamente recobrar los colmillos de elefante que le quitaron en una escaramuza, cuyos pormenores nos ha contado por estenso, sino tambien sujetar á la dominacion de los árabes los distritos del Khoko y del Useke, vivir en ellos á discrecion hasta el mes del Ramazan, abrir paso á las caravanas detenidas en el Ugogo, y por último, reuniendo de nuevo sus fuerzas, caer sobre el Usui para subyugarlo.

7 de febrero. Hay noticias del teatro de la guerra. El pequeño ejército del jeque Snay tiene cercado á Manua Séra en un *tembé* de Tura, donde el joven jefe habia creído poder retirarse impunemente. El propietario del *tembé*, apercebido para que entregue su huésped, reclama una noche de tregua diciendo, que si á la mañana siguiente Manua Séra se halla en su *tembé*, los árabes podrán hacer de él lo que quieran. A la mañana siguiente, como es natural, Manua Séra se habia escapado, y los habitantes de Tura se apresaban á defenderse, por lo cual los árabes furiosos, despues de haber tomado la aldea, han llevado la devastacion y la muerte por todo el distrito. Mientras que llevan á Kaseh las mujeres, los niños y el ganado de que se han apoderado, Manua Séra llega á un dis-